

# El Archivo de Sherlock Holmes

- 8 -

## La aventura del soldado de la piel decolorada

Las ideas de mi amigo Watson, aunque limitadas, son extraordinariamente pertinaces. Desde hace tiempo ha venido hostigándome para que escriba uno de mis casos. Quizá he provocado yo mismo esa persecución, por haberle hecho notar muchas veces la superficialidad de sus relatos, acusándole de inclinarse hacia el gusto popular, en vez de ceñirse rigurosamente a los hechos y a las cifras. «¡Pruebe a escribir usted mismo, Holmes!», me ha solido replicar, y ahora, después de tomar la pluma en la mano, me veo forzado a reconocer que, en efecto, empiezo a darme cuenta de que es preciso presentar el asunto de manera que pueda interesar al lector. Es difícil que el siguiente caso no interese, porque se cuenta entre los más raros de mi colección, aunque Watson no tenga notas del mismo en la suya. Ya que hablo de mi viejo amigo y biógrafo, aprovecharé la oportunidad para hacer notar que, si en mis variadas y pequeñas pesquisas echo sobre mí la carga de un acompañante, no lo hago ni por sentimentalismo ni por capricho, sino porque Watson posee algunas notables características propias suyas, a las que no ha concedido importancia, llevado de su modestia y del aprecio exagerado en que tiene mis propias realizaciones. Un confederado capaz de prever siempre las conclusiones a que usted va a llegar y el curso de la acción que va a emprender es siempre peligroso; pero aquel otro al que todas las novedades que se producen le caen como una sorpresa continua, y para el que el porvenir es siempre un libro cerrado, resulta en verdad una ayuda leal.

Veo por mis libros de notas que fue durante el mes de enero de 1903, apenas terminada la guerra con los bóers<sup>(guerra ocurrida en Sudáfrica)</sup>, cuando recibí la visita del señor James M. Dodd, un británico corpulento, sano, quemado por el sol, bien plantado. El bueno de Watson me había abandonado para seguir a una esposa, único acto suyo egoísta que yo recuerdo del tiempo en que estuvimos asociados. Yo estaba, pues, a solas. Yo tengo por costumbre sentarme de espaldas a la ventana y hacer sentar a mis visitas en la silla de enfrente, de modo que les de la luz en la cara. El señor James M. Dodd mostró no saber cómo empezar la conversación. No intenté acudir en ayuda suya, porque su silencio me dejaba más tiempo para observarlo a él. He comprobado que resulta hábil despertar en los clientes una sensación de

poder, y por eso le hice ver algunas de las conclusiones a que yo había llegado.

—Veo, señor, que viene usted de Sudáfrica.

—Así es, señor Holmes; usted es brujo.

—Del Cuerpo de Voluntarios de Caballería Imperial, si no me equivoco. Del regimiento de Middlesex, sin duda alguna.

—Así es, señor Holmes; usted es brujo.

Sonreí al escuchar la expresión de su asombro.

—Cuando un caballero de apariencia varonil entra en mi habitación, con el rostro de un matiz que el sol de Inglaterra no podrá darle jamás, y a eso se agrega el detalle de que lleva el pañuelo dentro de la manga, en lugar de llevarlo en el bolsillo, no resulta difícil establecer su profesión. Lleva usted la barba corta, y ese detalle da a entender que no pertenece usted al ejército profesional. Tiene todo el aspecto de un jinete. En cuanto a situarlo en el Cuerpo de Middlesex, ya su tarjeta me ha hecho saber que es usted corredor de bolsa en la calle Thorgmorton. ¿A qué otro regimiento podía usted agregarse?

—Lo ve usted todo.

—No veo más de lo que ven todos, pero me he adiestrado en fijarme en lo que veo. Bueno, señor Dodd, usted no ha venido esta mañana a visitarme con objeto de hablar acerca de la ciencia de la observación, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocurre en Tuxbury Old Park?

—¡Señor Holmes...!

—No hay en ello misterio alguno, querido señor. Su carta estaba fechada en ese lugar, y como usted solicitaba esta entrevista en términos muy apremiantes, resulta claro que había ocurrido algo importante de una manera repentina.

—Así es, en efecto. Pero yo escribí la carta por la tarde, y de entonces a ahora han ocurrido muchas cosas. Si el coronel Emsworth no me hubiese echado de allí a puntapiés...

—¡Que le ha echado a puntapiés!

—Bueno, en realidad, lo que hizo viene a ser lo mismo. Este coronel Emsworth no se anda con tonterías. Fue en sus tiempos de militar el más

exigente ordenancista <sup>(oficial que aplica el reglamento con severidad)</sup> que había en el ejército, y aquellos eran tiempos en los que se empleaba un lenguaje duro. Yo no habría estado junto al coronel, de no haber sido por el bien de Godfrey.

Encendí mi pipa y me arrellané en mi asiento, diciéndole:

—Explíquese claramente.

Mi cliente se sonrió con malicia y me contestó.

—Había acabado por suponer que usted lo sabe todo sin que se lo digan. Pero, en fin, voy a ponerle al corriente de los hechos, y quiera Dios que sea usted capaz de explicarme el alcance que tienen. Me he pasado la noche en vela y dándole vueltas al asunto en la cabeza, pero cuanto más lo pienso, más increíble me resulta... Cuando en el mes de enero de mil novecientos uno, es decir, hace dos años, me incorporé, el joven Godfrey Emsworth servía en el mismo escuadrón. Era hijo único del coronel Emsworth, el de la Cruz Victoria de la guerra de Crimea <sup>(guerra entre distintas naciones como respuesta a la tendencia expansionista del imperio ruso)</sup>. Llevaba en sus venas sangre combativa, y no es extraño que se alistase de voluntario. No había en todo el regimiento mozo de mejores dotes. Nos hicimos amigos, con esa amistad que únicamente llega a establecerse cuando dos personas viven idéntica vida y comparten las mismas alegrías y dolores. Era mi camarada. Esta palabra significa mucho en el ejército. Durante un año entero de rudo pelear aguantamos juntos a las duras y a las maduras. Hasta que, durante la acción que tuvo lugar cerca de Diamond Hill, en los alrededores de Pretoria, le metieron a él una bala de grueso calibre. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad de El Cabo y otra desde Southampton. Pues bien: acabada la guerra y ya todos de regreso, le escribí al padre preguntándole por el paradero de Godfrey. No me contestó. Esperé y volví a escribirle. Esta vez recibí una carta concisa y huraña. Godfrey había emprendido un viaje alrededor del mundo, y no era probable que regresase antes de un año. Y nada más... no me quedé satisfecho, señor Holmes. Todo aquello me resultó condenadamente extraño. Godfrey era un buen muchacho, y no daría de lado a un camarada de ese modo. No concordaba con su manera de ser. Resulta que, además, yo estaba enterado de que tenía que heredar una suma importante de dinero, y que su padre y él no siempre se entendían bien. El viejo era en ocasiones agresivo, y el joven Godfrey era demasiado entero para aguantarlo. No, yo no me di por satisfecho, y decidí llegar hasta la raíz del asunto. Pero como mis propios casos requerían mucha atención tras dos años de ausencia, no me fue posible ocuparme del caso de Godfrey hasta esta misma semana. Pero, puesto que lo he puesto en mis manos, me propongo abandonar todo hasta llevarlo a feliz término.

El señor James M. Dodd me produjo la impresión de que era una de esas personas a las que es preferible tener de amigo que de enemigo. Sus ojos

azules tenían una expresión dura, y su cuadrada mandíbula se había tensado mientras hablaba.

—¿Y qué ha hecho usted? —le pregunté.

—Mi primer paso consistió en ir hasta su residencia, Tuxbury Old Park, cerca de Bedford, para ver por mis propios ojos cómo se presentaba el terreno. Por eso le escribí a la madre; no quería tratar más con el cascarrabías del padre. Fue un ataque frontal: que Godfrey era mi camarada; yo tenía un gran interés, que ella se explicaría por lo que habíamos pasado juntos; que iba a pasar por el pueblo, y si ella no ponía objeción alguna, etcétera. La contestación fue atentísima y en ella se me ofrecía alojamiento para pasar la noche. Eso fue lo que me llevó el lunes allí... El viejo palacio de Tuxbury se halla en un lugar inaccesible, a 8 kilómetros de distancia de cualquier punto. En la estación no había coche alguno, de modo que me vi obligado a cubrir el trayecto a pie, cargado con mi maletín, y había ya casi oscurecido cuando llegué. Es un gran edificio solitario que se alza dentro de un extenso parque. Yo diría que pertenece a toda clase de épocas y de estilos, porque empieza en una base isabelina que es mitad de madera, y acaba en un pórtico de la época victoriana. En el interior es todo artesonados, tapices y viejas pinturas medio borrosas; es decir, una casa en sombras y de misterio. Había un dispensero<sup>(mayordomo encargado)</sup>, el viejo Ralph, que parecía tener tantos años como la casa misma, y su mujer, que era quizá más vieja, había sido la niñera de Godfrey, y yo le había oído a éste hablar de ella como de una madre, a la que quería casi tanto como a su madre; por eso me sentí atraído hacia ella a pesar de su raro aspecto. También simpatiqué con la madre, que era una mujer tierna como una ratoncilla blanca. Con el único que no hice migas fue con el coronel... Tuvimos desde el primer momento nuestros más y nuestros menos, y sentí impulsos de regresar en el acto mismo a la estación. Si no lo hice, fue porque tuve la sensación de que sería seguirle el juego. Me pasaron inmediatamente a su despacho y allí me lo encontré, corpulento, cargado de espaldas, tez oscura, larga barba revuelta, sentado detrás de su mesa-escritorio llena de papeles. Su nariz de venas rojas se proyectaba como el pico de un buitre, y dos ojos grises, agresivos, se clavaron en mí por debajo de unas cejas tupidas y salientes. Comprendí por qué Godfrey hablaba poco de su padre. «Veamos, señor —me dijo con voz áspera—; me agradaría conocer las verdaderas razones de esta visita». Le contesté que ya las había explicado en la carta que le había enviado a su esposa. «Sí, sí; en ella decía usted que había conocido a Godfrey en África, y, como es natural, no tenemos más pruebas que su palabra». «Tengo cartas tuyas en el bolsillo». «¿Quiere tener la amabilidad de mostrármelas?». Repasó las dos que yo le entregué, y luego me las devolvió, preguntándome: «Bien, ¿y qué?». «Yo quiero mucho a su hijo, señor. Nos unen muchos lazos y recuerdos. ¿No es, pues, natural, que yo me asombre de su repentino silencio y que desee saber qué ha sido de él?». «Creo recordar, señor, que he mantenido ya correspondencia con usted, y que le comuniqué lo que había

sido de él. Ha emprendido un viaje alrededor del mundo. Después de lo que pasó en África, su salud estaba quebrantada, y tanto su madre como yo fuimos de opinión que precisaba un descanso completo y un cambio. Tenga usted la amabilidad de transmitir esa explicación a cualquier otro amigo que pudiera interesarse en el asunto». «Desde luego —le contesté—. Pero yo le pediría que tuviese la amabilidad de darme el nombre de la línea de navegación y del vapor en que ha embarcado y de la fecha en que lo hizo. De ese modo estoy seguro de que conseguiré hacer llegar hasta él una carta». Esta petición mía pareció desconcertar e irritar a mi huésped. Sus tupidas cejas salientes se abatieron sobre sus ojos y tamborileó impaciente con sus dedos encima de la mesa. Por último, alzó la vista con la expresión de un jugador de ajedrez que ha visto hacer a su adversario una jugada amenazadora y acaba de descubrir la jugada con la que ha de parar el golpe. «Señor Dodd —contestó—, son muchos los que se sentirían ofendidos por su infernal obstinación y que juzgarían que esta insistencia suya de ahora linda con una maldita impertinencia». «Atribúyalo, señor, al cariño que profeso a su hijo». «Exacto, pero he llegado ya al límite de lo que puedo tolerar por esa razón. Tengo que pedirle que abandone sus pesquisas, En todas las familias existen ciertas intimidaciones y propósitos que no siempre pueden ser confiados a los extraños, por muy buena que sea la intención de éstos. Mi esposa tiene gran interés en que usted le cuente cosas de la vida pasada de Godfrey, pero yo he de rogarle que haga caso omiso de su presente y de su futuro. Tales pesquisas suyas no conducen a ninguna finalidad útil, y nos colocan en una situación delicada y difícil». De modo, señor Holmes, que me encontré con el camino cerrado. No había modo de seguir adelante. Lo único que me quedaba era simular que aceptaba la situación, haciendo interiormente promesa de no descansar hasta aclarar qué había sido de mi amigo. La velada fue lúgubre. Cenamos tranquilamente los tres, en una vieja habitación, oscura y ajada. La señora me preguntó ansiosamente acerca de su hijo, pero el anciano parecía huraño y deprimido. Todo aquello me aburrió de tal manera, que me excusé lo antes que me fue posible hacerlo dentro de las buenas formas, y me retiré a mi dormitorio. Era ésta una habitación amplia y desnuda, situada en la planta baja, tan lóbrega como todo el resto de la casa; pero, señor Holmes, después de dormir durante un año en el veld<sup>(zona de pradera en Sudáfrica)</sup>, se vuelve uno poco exigente en esas materias. Descorrí las cortinas y me asomé a mirar al jardín, fijándome en que hacía una noche hermosa, con la media luna brillante en el cielo. Después me senté junto a la viva hoguera de la chimenea, con la lámpara colocada a mi lado en una mesa, y traté de distraer mis pensamientos con la lectura de una novela.

»Pero me cortó la lectura la entrada de Ralph, el viejo despensero, que me traía un nuevo suministro de carbón. “Pensé que, quizá se le acabase durante la noche el que tiene, señor. El tiempo es crudo y estas habitaciones son frías”. Vaciló antes de retirarse de la habitación, y al volver yo la vista, me encontré con que estaba en pie y que su arrugada cara me miraba con

expresión de ansiedad. “Señor, le ruego que me perdone, pero no pude sino escuchar lo que usted habló de mi joven señor Godfrey durante la cena. Ya sabrá usted, señor, que fue mi mujer la que le crió, de modo que yo casi podría decir que soy su padre adoptivo. Es, pues, natural, que nosotros nos intereseamos por el señorito. ¿De modo que, según dice usted, se portó como un valiente?”. “Hombre más valeroso no lo hubo en todo el regimiento. En cierta ocasión me sacó de debajo mismo de los rifles de los bóers, y quizá si él no lo hubiese hecho, yo no estaría aquí en este momento”. El anciano despusero se frotó las arrugadas manos. “Sí, señor, sí; eso va perfectamente con la manera de ser del señor Godfrey. Siempre fue valeroso. No hay en el parque un solo árbol al que no haya trepado. Nada era capaz de detenerle. Fue un muchacho magnífico, y también, señor..., también de hombre fue magnífico”. Me puse en pie de un salto y exclamé: “¡Cómo! Dice usted que *fue*. Habla como si él hubiera muerto. ¿Qué misterio encierra todo esto? ¿Qué ha sido de Godfrey Emsworth?”. Agarré al anciano por los hombros, pero él se echó atrás. “No entiendo lo que usted dice, señor. Si algo quiere saber del señor Godfrey interrogue usted al amo. Él lo sabe. Yo no debo entrometerme”. Iba a retirarse de la habitación, pero yo le detuve por el brazo y le dije: “Escuche. Va usted a contestarme a una sola pregunta antes que se retire, porque de lo contrario soy capaz de retenerle a usted aquí toda la noche. ¿Ha muerto Godfrey?”. No fue capaz de sostener mi mirada. Parecía estar hipnotizado. La contestación salió de sus labios como si yo se la hubiese arrancado. Y fue terrible e inesperada. “¡Pluguiera<sup>(placiera)</sup> a Dios que hubiese muerto!”, exclamó, y quitándose mis manos se precipitó fuera de la habitación. Ya se imaginará usted, señor Holmes, que no volví a mi silla en un estado de ánimo muy feliz. Me pareció que las palabras del anciano sólo podían tener una interpretación. Era evidente que mi pobre amigo habíase visto envuelto en algún acto criminal, o por lo menos, vergonzoso, y que afectaba al honor de la familia. Por eso, aquel severo anciano había enviado a su hijo lejos, ocultándolo al mundo, a fin de evitar algún escándalo público. Godfrey era un mozo temerario, y que se dejaba llevar fácilmente por los que le rodeaban. Había caído, sin duda, en malas manos que le habían extraviado y conducido a la ruina. Si se trataba verdaderamente de eso, la cosa era lamentable; pero aun en un caso así, era deber mío buscarle hasta dar con él, a fin de ver si yo podía serle de alguna ayuda. Me hallaba ensimismado y meditando con ansiedad en el asunto, cuando alcé la vista y me encontré de pronto con el mismísimo Godfrey Emsworth, que estaba en pie delante de mí.

Mi cliente se había detenido, como persona presa de profunda emoción.

Yo, al darme cuenta de su estado, le dije:

—Prosiga, por favor. Su problema ofrece algunos rasgos muy fuera de lo corriente.

— Señor Holmes, mi amigo estaba de la parte de afuera de la ventana, con la cara apretada contra el cristal. Le he dicho antes que yo me asomé a mirar cómo estaba la noche. Al hacerlo dejé las cortinas parcialmente descorridas. La figura de mi amigo quedaba encuadrada dentro de esa abertura de las cortinas. La ventana llegaba hasta el suelo mismo, de modo que pude ver toda su figura, pero fue su rostro el que atrajo la mirada mía. Estaba mortalmente pálido; jamás he visto yo a un hombre de rostro tan blanco. Creo que esa debe de ser la blancura de los fantasmas; pero sus ojos se cruzaron con los míos, y en verdad que eran ojos de una persona viva. En el momento en que él cayó en la cuenta de que yo le miraba dio un salto atrás y desapareció en la oscuridad... Señor Holmes, en el aspecto de ese hombre hay algo que me produjo una impresión dolorosa. No se trata simplemente de una cara cadavérica que se destacaba en la oscuridad, tan blanca como el yeso. Era algo más sutil; algo como vergonzoso, furtivo, algo como, culpable; en fin, algo completamente distinto de la franqueza y hombría que yo conocí en aquel muchacho. Me dejó en el alma una sensación de horror... Pero, el hombre que ha estado haciendo la guerra un año o dos, teniendo por contrario en el juego al hermano bóer, sabe conservar templados los nervios y actuar con rapidez. Apenas había desaparecido Godfrey, cuando yo ya me había abalanzado hacía la ventana. El cierre de ésta funcionó con dificultad, y tardé algún tiempo en poder levantarla hacia arriba. Acto seguido me escabullí por la abertura y corrí por el camino del jardín hacia la dirección que yo pensé que podría haber tomado mi amigo... El camino era largo y la luz mala, pero me pareció que algo se movía delante de mí. Seguí corriendo y le llamé por su nombre, pero fue inútil. Al llegar al final del camino me encontré con que éste se bifurcaba en varias direcciones, yendo a parar a distintos edificios adyacentes a la casa. Me quedé indeciso, y estando así escuché con toda claridad el ruido de una puerta que se cerraba. No se había producido en la casa, a mis espaldas, sino enfrente de mí, en algún sitio envuelto en la oscuridad. Aquello me bastó, señor Holmes, para adquirir el convencimiento de que lo que yo había visto no era una visión. Godfrey había huido de mí corriendo y se había metido en algún sitio, cerrando después la puerta. De eso estaba yo seguro. Ya no me quedaba a mí nada que hacer. Pasé una noche intranquila, dando vueltas en mi cabeza al asunto y tratando de encontrar alguna explicación en la que encajase todo lo sucedido. Al día siguiente encontré al coronel de temperamento más conciliador, y como su esposa me hizo notar que en aquellos alrededores existían lugares dignos de verse, aproveché la oportunidad para preguntarles si les resultaría molesto que yo pasase allí otra noche más. La gruñona conformidad dada por el anciano me proporcionó un día entero para dedicarme a observar. Yo estaba ya completamente convencido de que Godfrey se ocultaba por allí cerca; pero me quedaba todavía por averiguar el sitio y la razón de aquel ocultamiento... Era la casa tan espaciosa y tan llena de recovecos, que podía esconderse dentro de ella un regimiento entero sin que nadie advirtiese su presencia. Si el secreto estaba allí, me resultaría difícil penetrarlo. Pero la puerta que yo había oído cerrarse estaba, con toda

seguridad, fuera de la casa. Era preciso que yo explorase el jardín, por si podía descubrir algo. Ningún obstáculo se me presentaba para ello, porque los dos ancianos se hallaban atareados cada cual a su manera, y me dejaron en libertad para pasar el tiempo como bien me pareciese... Había varios pequeños edificios que servían de dependencias de la casa, pero al fondo del jardín se alzaba un edificio aislado y de regular capacidad; lo suficiente como para servir de vivienda a un jardinero o a un guarda de caza. ¿Sería aquel lugar del que procedía el ruido de la puerta que se cerró? Me acerqué al edificio despreocupadamente, como si me estuviese paseando sin rumbo fijo por el parque. Al hacerlo, salió de la puerta un hombre pequeño, vivaracho, de barba, chaqueta negra y sombrero hongo; es decir, que no tenía aspecto alguno de jardinero. Con gran sorpresa mía, aquel hombre cerró la puerta con llave después de salir y se metió ésta en el bolsillo. Luego me miró con expresión algo sorprendida y me preguntó: «¿Es usted visita en esta casa?». Le dije que, en efecto, estaba de visita y que era amigo de Godfrey. Y agregué: «¡Qué pena que se encuentre viajando, porque seguramente le habría agradado hablar conmigo!». «Ya lo creo que sí. Estoy seguro de que le habría agradado —me contestó con expresión de culpabilidad—. Espero que repita usted la visita en alguna ocasión más propicia». Siguió su camino, pero, al darme yo media vuelta, me fijé en que se había detenido y me estaba vigilando medio oculto por los arbustos de laurel que había en el extremo más alejado del jardín. Me fijé detenidamente en la casita al pasar por delante, pero las ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas, y me dio la impresión de que no había nadie dentro. Si yo me mostraba demasiado audaz, podría echar a perder mi propia estratagema, e incluso me exponía a que me diesen orden de marcharme de la casa, porque tenía la sensación de que me vigilaban. Por eso me volví paseando al edificio principal y dejé para la noche hacer nuevas averiguaciones. Cuando todo estuvo oscuro y tranquilo, me deslicé por la ventana de mi cuarto y avancé todo lo silenciosamente que me fue posible hasta la misteriosa casita... He dicho ya que las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas, pero ahora me las encontré también cerradas con persianas. Sin embargo, a través de una de ellas salía un poco de luz, y por eso concentré mi atención en ella. Tuve suerte, porque la cortina no había sido corrida del todo, y podía ver el interior de la habitación por una grieta que tenía la persiana. Era un cuarto bastante alegre, en el que ardían una lámpara y un buen fuego en la chimenea. Frente a mí estaba sentado el hombrecito al que yo había encontrado por la mañana. Fumaba en pipa y estaba leyendo un periódico.

—¿Qué periódico era? —pregunté yo.

Mi cliente pareció molestarse porque yo le hubiese interrumpido el relato, y preguntó:

—¿Tiene eso importancia?



—Es de lo más esencial.

—Pues no me fijé.

—Sin embargo, quizá se fijase usted en si era un periódico de hojas anchas o uno de esos otros de tamaño más reducido, como suelen ser los semanarios.

—Ahora que usted me menciona ese detalle, la verdad es que no era de hojas grandes. Quizá fuese *The Spectator*. Pero yo no estaba para pensar en esa clase de detalles, porque de espaldas a la ventana había otro hombre sentado, y yo podría jurar que ese otro hombre era Godfrey. No le veía la cara, pero reconocí la inclinación de sus hombros, que me era sumamente familiar. Estaba apoyado sobre el codo, en actitud de gran melancolía, y miraba hacia el fuego de la chimenea. Vacilaba yo en lo que debería hacer, cuando sentí un golpe seco en el hombro y me encontré junto a mí al coronel Emsworth. «¡Venga aquí señor!», me dijo en voz baja.

»Caminó en silencio hasta la casa y yo le seguí, entrando ambos en mi dormitorio. Al pasar por el vestíbulo echó mano a un horario de trenes, y dijo: “A las ocho treinta sale un tren para Londres. El coche estará esperándole a usted a las ocho junto a la puerta”.

»Estaba blanco de ira, y yo me encontré, no hará falta decirlo, en una posición tan difícil que hube de limitarme a algunas frases incoherentes de disculpa, tratando de excusarme con la gran preocupación que yo sentía por mi amigo. El coronel me dijo con rudeza: “Este asunto no admite discusión. Ha cometido usted un acto sumamente censurable, introduciéndose en la intimidad de nuestra familia. Usted se encontraba aquí en calidad de huésped y se ha convertido en espía. Nada más tengo que agregar, señor, más allá de que no deseo volver a verle a usted”.

»Señor Holmes, al oír aquello perdí los estribos y rompí a hablar acaloradamente: “Yo he visto a su hijo, y tengo la seguridad de que usted lo oculta del mundo por alguna razón que a usted solo le interesa. No puedo imaginarme a qué razones puede usted obedecer aislándole de esa manera; pero estoy seguro de que mi amigo se encuentra imposibilitado de obrar con libertad. Le prevengo, coronel Emsworth, que no renunciaré a mis esfuerzos para llegar al fondo del misterio, mientras no tenga la seguridad de la salud y del bienestar de mi amigo. Desde luego, no me dejaré intimidar por nada, en absoluto, de cuanto usted pueda decir o hacer”.

»Aquel viejo tenía en ese momento una expresión diabólica y llegué a pensar que estaba a punto de agredirme. He dicho ya que es un gigantón de aspecto agresivo y de rostro enjuto; aunque yo no soy poca cosa, quizá me habría resultado difícil defenderme de él. Sin embargo, después de dirigirme una furibunda y larga mirada, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Yo,

por mi parte, tomé por la mañana el tren que se me había señalado, muy resuelto de venir directamente a consultar con usted y a pedirle consejo y ayuda, para lo cual le escribí pidiéndole una cita».

Tal era el problema que mi visitante me expuso. Según habrá podido ya observar el lector astuto, ofrecía pocas dificultades para su solución, porque en la raíz del problema sólo existía una serie muy limitada de alternativas. Sin embargo, por elemental que fuese, ofrecía puntos de interés y de novedad que disculpaban que yo lo dejase registrado por escrito. Y ahora, empleando mi método familiar de análisis lógico, pasaré a reducir paulatinamente el número de soluciones posibles.

— Dígame: ¿cuántos criados había en la casa? —le pregunté.

— Pues, por lo que yo vi, deduzco que no había más que el viejo despensero y su mujer. El género de vida que allí se llevaba era de lo más sencillo.

— ¿De modo que en la casita independiente no había ningún criado?

— Ninguno, a menos que actuase como tal el hombrecito de la barba. Sin embargo, me dio la impresión de ser una persona muy superior a ese cargo.

— He ahí un detalle muy sugestivo. ¿Se fijó usted en si llevaban de comer desde una casa a la otra?

— Ahora que usted me lo dice, es cierto que vi al viejo Ralph ir por el camino del jardín en dirección a la casita, llevando una cesta. En aquel momento no se me ocurrió la idea de que la cesta pudiera contener alimentos.

— ¿Realizó usted alguna pesquisa en el pueblo?

— Sí. Hablé con el jefe de estación y también con el mesonero del pueblo. Me limité a preguntarles si tenían algunas noticias de mi antiguo camarada Godfrey Emsworth. Ambos me aseguraron que estaba realizando un viaje alrededor del mundo; que había regresado a casa y que casi enseguida volvió a salir para reemprenderlo. Es evidente que la explicación es aceptada por todos.

— ¿Nada habló usted de sus sospechas?

— Nada.

— Obró usted muy cuerdamente. No hay duda de que estamos en la obligación de investigar el caso. Regresaré con usted a Tuxbury Old Park.

— ¿Hoy mismo?

En aquel momento andaba yo ocupado en poner en claro el caso que mi amigo Watson ha relatado con el título de La Escuela de la Abadía, en la que tan de cerca se halla comprometido el duque de Greyminster. También había recibido una misión procedente del sultán de Turquía que me obligaba a una actuación inmediata, porque pudieran seguirse las más severas consecuencias políticas de no hacerlo así. Por consiguiente, y según consta en mi diario, sólo en los comienzos de la semana siguiente pude ponerme en camino para cumplir mi compromiso en Bedfordshire en compañía del señor James M. Dodd. Mientras nos dirigíamos a la estación de Euston recogimos a un caballero grave y taciturno, de aspecto de hierro gris, con el que previamente había yo hecho los arreglos necesarios.

—Es un viejo amigo —le dije a Dodd—. Quizá su presencia sea absolutamente innecesaria, y puede también que resulte esencial. De momento no hace falta entrar en más detalles.

Los relatos de Watson tendrán, sin duda, acostumbrado al lector a que yo no pierda el tiempo en palabras inútiles y a que no ponga en claro mis pensamientos mientras no tengo resuelto el caso que llevo entre manos. Dodd pareció sorprendido, pero no se habló más acerca del asunto, y los tres proseguimos juntos el viaje. Ya en el tren pregunté a Dodd algo que yo deseaba que oyese nuestro acompañante.

—Dice usted que vio la cara de su amigo en la ventana con absoluta claridad, con una claridad tal que tiene seguridad absoluta de que era él.

—No cabe la menor duda. Apretaba la nariz contra el cristal. La luz de la lámpara se proyectaba de lleno sobre él.

—¿No podría tratarse de alguien que se le pareciese?

—No, no; era él.

—Pero usted afirma que estaba cambiado, ¿no es así?

—Únicamente en cuanto al color. Su cara era... ¿cómo diré...?, de una blancura como de barriga de pescado. Estaba blanqueada.

—¿Con el mismo tono blanco por toda ella?

—Creo que no. Lo mejor que vi de todo fue su frente apretada contra la ventana.

—¿Le llamó usted?

—Me hallaba demasiado sobresaltado y horrorizado en aquel momento. Acto seguido, y según se lo he dicho ya, salí en persecución suya, pero sin conseguir alcanzarle.

Para mí, el caso se hallaba prácticamente completo, y tan sólo me faltaba un pequeño incidente a fin de redondearlo. Cuando, después de un considerable trayecto en coche, llegamos a la vieja casa, extraña y retirada que mi cliente había descrito. Fue Ralph, el anciano despensero, quien nos abrió la puerta. Yo había comprometido el coche para todo el día y había pedido a mi anciano amigo que permaneciese dentro del mismo hasta que le llamásemos. Ralph, el viejecito arrugado, vestía el convencional traje de chaqueta negra y pantalones negros con raya blanca, con una única y curiosa variante. Llevaba guantes de cuero color castaño, de los que se despojó instantáneamente al vernos, dejándolos encima de la mesa del vestíbulo al entrar nosotros. Según mi amigo Watson ha podido hacer notar, poseo una agudeza anormal en mis sentidos; husméé un aroma débil, pero acre. Parecía centrado en la mesa del vestíbulo. Me di media vuelta, coloqué allí mi sombrero, lo tiré al suelo, me incliné para recogerlo y me di maña para acercar mi nariz a menos de treinta centímetros de distancia de los guantes. Sí, indudablemente que aquel curioso olor a brea salía de ellos. Seguí adelante para entrar en el despacho con mi caso ya resuelto. ¡Qué lástima que no tenga más remedio que mostrar las cartas que tengo en mano cuando relato yo mismo un caso! Watson lograba presentar sus deslumbrantes finales ocultando esa clase de eslabones de la cadena.

El coronel Emsworth no estaba en la habitación, pero acudió con bastante rapidez al recibir el mensaje de Ralph. Oímos en el pasillo sus pasos rápidos y firmes. La puerta se abrió de par en par y entró precipitadamente, con la barba enmarañada y las facciones contraídas, convertido en el anciano más terrible que yo he encontrado nunca. Tenía en la mano nuestras tarjetas, las rompió en pedazos y las pisoteó.

—¿No le tengo dicho, condenado entremetido, que se considere arrojado de esta casa? No vuelva jamás a tener la audacia de mostrar aquí su maldita cara. Si vuelve a entrar sin licencia mía estaré en mi derecho de recurrir a la violencia. ¡Le mataré a tiros, señor! ¡Por Dios, que lo haré! En cuanto a usted, señor —prosiguió volviéndose hacia mí—, considérese incurso en la misma advertencia. Estoy al tanto de la innoble profesión que ejerce, pero debe usted ocupar sus celebrados talentos en algún otro terreno. Aquí no hay lugar para ellos.

—No puedo marcharme de aquí —dijo mi cliente con firmeza— hasta que sepa de los propios labios de Godfrey que no se halla coartada su libertad.

Nuestro huésped, mal de su agrado, tiró de la campanilla.

—Ralph —dijo—, telefonee a la policía del condado y diga al inspector que envíe un par de guardias. Dígale que hay en la casa asaltantes.

—Un momento —le dije yo—. Señor Dodd, ya sabrá usted que el coronel Emsworth se encuentra en su derecho al dar ese paso, y que dentro de su casa nosotros podemos consideramos fuera de la ley. Por otro lado, él debe reconocer que usted ha obrado movido enteramente por el interés que le inspira su hijo. Yo me atrevo a esperar que, si se nos conceden cinco minutos de conversación con el coronel Emsworth, conseguiré con toda seguridad alterar su punto de vista en este asunto.

—Yo no soy hombre que cambia fácilmente —repuso el veterano soldado—. Ralph, haga lo que he dicho. ¿Qué diablos espera para hacerlo? ¡Llame usted a la policía!

—No hará nada de eso —dije yo, descansando mi espalda en la puerta cerrada—. Cualquier interferencia de la policía acarrearía la catástrofe misma que usted tanto teme.

Saqué mi libro de notas y escribí una única palabra en una hoja suelta, que entregué al coronel Emsworth, diciéndole:

—Esto es lo que nos ha traído hasta aquí.

Se quedó mirando fijamente el escrito con cara de la que había desaparecido toda expresión, fuera sólo la de asombro.

—¿Cómo lo sabe usted? —jadeó, dejándose caer pesadamente en su sillón.

—Por mi profesión, debo poner en claro las cosas. De eso me ocupo.

El coronel se sumió en profundas meditaciones, mientras su mano huesuda tiraba de su barba enmarañada. De pronto hizo un gesto de resignación.

—Pues bien: si ustedes desean hablar con Godfrey, hablarán, No era ese mi propósito, pero me han obligado a ello. Ralph, diga a Godfrey y al señor Kent que iremos a visitarlos dentro de cinco minutos.

Al cabo de ese tiempo avanzamos por el camino del jardín y nos encontramos delante de la casa del misterio, que se alzaba al final de aquél. Un hombrecito de barba nos esperaba en la puerta, dando muestras de considerable asombro, y nos dijo:

—Ha sido muy repentino, coronel Emsworth, y echará a perder todos nuestros planes.

—No puedo evitarlo, señor Kent. Se nos ha hecho fuerza. ¿Puede recibirnos el señor Godfrey?

—Sí; está esperando dentro.

Giró sobre sus talones y nos condujo a una habitación delantera, espaciosa y sencillamente amueblada. Un hombre nos esperaba en pie, vuelto de espaldas al fuego. Al verlo, mi cliente avanzó precipitadamente con la mano extendida.

—¡Godfrey, viejo, esto es magnífico!

Pero el otro le hizo una señal con la mano indicándole que se retirase.

—No me toques, Jimmie. Mantente a distancia. ¡Sí, tienes motivos para mirarme con asombro! ¿Verdad que ya no parezco el elegante cabo honorario Emsworth, del escuadrón B?

Desde luego que su aspecto era extraordinario. Veíase que había sido un hombre bello, de facciones bien marcadas y quemadas por el sol africano; pero sobre esa superficie oscura afloraban ronchones extrañamente blanquizcos como si su piel hubiese sido blanqueada.

—Aquí tienes la razón de que no me agrade recibir visitas —dijo—. Por ti, Jimmie, no me importa, pero hubiese preferido que no viniese tu amigo. Me imagino que habrá mediado alguna razón de peso, pero con ello me encuentro en situación de inferioridad.

—Yo quería asegurarme de que no te ocurría nada, Godfrey. Te vi la noche aquella en que te pusiste a mirar por la ventana y no pude dejar el asunto tranquilo hasta ponerlo todo en claro.

—El viejo Ralph me dijo que estabas allí, y no me pude contener sin echarte un vistazo. Creí que no me verías y tuve que refugiarme corriendo en mi madriguera cuando oí que alzabas la ventana.

—Pero ¡por amor de...!, ¿qué es lo que ocurre?

—Es una cosa larga de contar —dijo él, encendiendo un cigarrillo—. ¿Recuerdas aquel combate por la mañana, en Buffelsspruit, en los alrededores de Pretoria, sobre el ferrocarril oriental? ¿No supiste que yo había sido herido?

—Sí; lo supe, pero no me dieron nunca detalles.

—Tres de nosotros quedamos separados del grueso de las fuerzas. Recordarás que era un territorio muy abrupto. Éramos Simpson, al que llamábamos el calvo Simpson, Andersen y yo. Estábamos limpiando el terreno de hermanos bóers, pero éstos se hallaban acechando y nos aislaron a tres. Los otros dos acabaron muertos. A mí me atravesó el hombro una bala de grueso calibre. Yo, sin embargo, me aferré a mi caballo, y éste galopó en un trayecto de varios kilómetros antes de que me desmayase y rodase desde la silla al suelo.

»Cuando recobré el conocimiento estaba oscureciendo, y me incorporé, sintiéndome muy débil y enfermo. Con gran sorpresa mía, me encontré cerca de una casa que estaba cerrada, una casa bastante grande con una ancha escalinata y muchas ventanas. Hacía un frío de muerte. Ya recordarás que todas las noches hacía un frío entumecedor, un frío muy distinto de la temperatura cruda, pero sana. Pues bien; yo estaba entumecido hasta el tuétano, y mi única esperanza consistía, al parecer, en llegar hasta aquella casa. Me puse en pie, tambaleando, y avancé arrastrándome, consciente apenas de lo que hacía. Conservo un confuso recuerdo de que subí lentamente los peldaños de la escalinata, de que entré por una puerta abierta de par en par y penetré en una habitación muy espaciosa que contenía varias camas, y que me tumbé en una de ellas con un suspiro de satisfacción. La cama estaba sin hacer, pero eso no me produjo la menor inquietud. Me cubrí con las ropas de la cama el cuerpo, que temblaba de frío, y un instante después me encontraba profundamente dormido.

»Me desperté a la mañana siguiente, y tuve la impresión de que en lugar de recobrar el sentido en un mundo normal, habría irrumpido dentro de una pesadilla extraordinaria. Por las amplias ventanas, sin cortinas, penetraba un torrente de sol africano, y hasta los más pequeños detalles de aquel gran dormitorio enjalbegado<sup>(blanqueado)</sup> y desnudo se distinguían con nitidez y realce. Estaba ante mí un hombre pequeño, parecido a un enano, de cabeza enorme y bulbosa, que chapurreaba con gran excitación en holandés, accionando con dos manos horribles que se me antojaban esponjas de color castaño. A sus espaldas había un grupo de personas que parecían sumamente divertidas con la situación pero al mirarlas sentí correr por mi cuerpo un escalofrío. Ni una sola de ellas era un ser humano normal. Todas estaban contorsionadas, hinchadas o desfiguradas de manera fantástica. La risa de aquellos monstruos extraordinarios era espantosa de oír.

»Por lo visto, ninguno de ellos era capaz de hablar en inglés, pero era urgente aclarar la situación, porque aquel ser de cabeza monstruosa estaba enfureciéndose cada vez más y lanzando gritos de bestia salvaje; me había puesto las manos deformes encima y me sacaba a rastras de la cama, sin hacer caso de la sangre que manaba de nuevo de mi herida. Aquel pequeño monstruo tenía la fuerza de un toro, y no sé lo que me habría hecho si no hubiera acudido, al oír el barullo, un hombre anciano que se veía que ejercía

autoridad. Pronunció en holandés algunas frases severas y mi perseguidor se alejó reculando. Luego, aquel hombre me miró presa del mayor asombro, y me preguntó: “¿Cómo diablos ha venido usted aquí? ¡Espere un momento! Me doy cuenta de que está usted rendido de cansancio y que es preciso curar esa herida que tiene en el hombro. Soy médico, y voy a vendarle en seguida. Pero ¡por Dios vivo!, que está usted aquí en un peligro mayor que el que le amenaza en el campo de batalla, porque se encuentra en el hospital de leproso y ha dormido usted en la cama de un leproso”. ¿Para qué voy a decirte más, Jimmie? Por lo visto, todos aquellos pobres seres habían sido evacuados el día anterior, ante la inminente batalla. Luego, al avanzar los británicos, el médico superintendente había vuelto a llevarlos allí. Éste me aseguró que, aunque él se creía inmune a la enfermedad, no se habría atrevido a hacer lo que yo había hecho. Me alojó en una habitación reservada, me trató cariñosamente y cosa de una semana después fui llevado al hospital general de Pretoria.

»Ahí tienes mi tragedia. Yo aguardaba contra toda esperanza. Los terribles síntomas que tú ves en mi cara no vinieron a anunciarme que no me había salvado hasta que no me encontré de vuelta en mi casa. ¿Qué iba a hacer? Me encontraba en esta casa solitaria. Disponíamos de dos servidores en los que podíamos confiar por completo. Contábamos con una casita dentro de la cual yo podía vivir. El señor Kent, que es médico, se manifestó dispuesto a permanecer a mi lado bajo juramento de guardar el secreto. En esas condiciones, el asunto parecía sencillo. La alternativa que se me ofrecía era espantosa: separación para toda la vida entre gentes desconocidas sin una sola esperanza de liberación. Pero era imprescindible guardar el más absoluto secreto, porque, de lo contrario, hasta en esta tranquila región campesina se habría levantado un alboroto, y yo me habría visto arrastrado a mi suerte horrible. Era preciso ocultarlo incluso de ti, Jimmie. No llego a comprender cómo mi padre ha alterado su resolución.

El coronel Emsworth me señaló a mí con el dedo.

—Éste es el caballero que me forzó a ello.

Al decirlo desdobló la hoja de papel en la que yo había escrito la palabra «lepra».

—Me pareció que este señor sabía tanto, que lo más seguro era dejarle que lo supiese todo.

—Y, en efecto, ha sido lo más seguro —le dije—. ¿Quién sabe si de todo esto no redundará en beneficio? Creo haber entendido que la única persona que ha examinado al enfermo ha sido el señor Kent. ¿Me permite, señor, preguntarle si es usted una autoridad competente en esta clase de



enfermedades? Según tengo entendido son, por naturaleza, tropicales o semitropicales.

— Sé de ellas lo que es corriente que sepa un médico instruido — me contestó, con cierta tirantez.

— No pongo en duda, señor, que sea usted un hombre de absoluta competencia, pero estoy seguro de que convendrá conmigo en que en un caso así tiene importancia conocer otra opinión más. Lo ha eludido, entiendo, para evitar que fuera aislado.

— Así es, en efecto — dijo el coronel Emsworth.

— Preví esta situación — dije yo, explicándome — y me he hecho acompañar de un amigo en cuya discreción podemos confiar por completo. En cierta ocasión, yo pude rendirle un favor profesional, y él está dispuesto a aconsejarme más bien como amigo que en su calidad de especialista. Se llama sir James Saunders.

Ni siquiera la perspectiva de celebrar una entrevista con lord Roberts habría despertado mayor admiración y placer en un simple subalterno que los que ahora se reflejaban en la cara del señor Kent.

— Sin duda alguna que me sentiré muy orgulloso — murmuró.

— Pues entonces voy a pedir a sir James que venga hasta aquí. En este momento se encuentra en el coche, fuera de la puerta. Mientras tanto, coronel Emsworth, podríamos reunirnos en su despacho, donde le daré las explicaciones necesarias.

Aquí es donde echo yo en falta a mi Watson. Él es capaz, recurriendo a habilidosas preguntas y exclamaciones de asombro, de elevar a la categoría de prodigio mi arte sencillo, que no es otra cosa que la sistematización del sentido común. Siendo yo quien relata mi propia historia, no dispongo de semejante ayuda. Sin embargo, voy a exponer aquí el proceso que siguió mi pensamiento, y tal como lo expuse a mi pequeño auditorio, en el que estaba incluida la madre de Godfrey, dentro del despacho del coronel Emsworth. He aquí lo que yo dije:

— Mi razonamiento arranca de la suposición de que, una vez que se ha eliminado del caso todo lo que es imposible, la verdad tiene que consistir en el supuesto que todavía subsiste, por muy improbable que sea. Puede ocurrir que los supuestos subsistentes sean varios, y en ese caso se van poniendo a prueba uno después de otro hasta que uno de ellos ofrezca base convincente. Vamos a aplicar esta norma al caso en cuestión. Tal y como a mí me lo presentaron al principio, existían tres explicaciones posibles de la reclusión

o encarcelamiento de este caballero en uno de los edificios subalternos de la mansión paternal. Consistía una de las explicaciones en que estaba oculto por algún crimen, o en que estaba loco y su familia deseaba no verse en la obligación de llevarlo a un asilo o en que se hallaba afectado de alguna enfermedad que obligaba a mantenerle apartado. No se me ocurrieron otras soluciones adecuadas. Por tanto, era preciso comparar y sopesar cada una de ellas con las demás.

»La suposición del crimen no aguantaba un análisis. En este distrito no se había dado la noticia de ningún crimen cuya solución constituyese un misterio, de eso estaba yo seguro. De haberse tratado de un crimen que permanecía años sin descubrirse, es evidente que la familia habría estado interesada en desembarazarse del delincuente y en enviarle al extranjero más bien que en mantenerle oculto en casa. No se me ocurría ninguna explicación para esta última línea de conducta.

»Lo de la locura ya era más plausible. La presencia de otra persona en la casita hacía pensar en un cuidador. El hecho de que cerrase la puerta al salir reforzaba la suposición y sugería la idea de que se ejercía fuerza. Por otro lado, esta fuerza no podía ser muy enérgica, porque en ese caso el joven no habría podido librarse de ella para ir a echar un vistazo a su amigo. Usted recordará, señor Dodd, que yo le fui tanteando en busca de detalles y preguntándole, por ejemplo, qué periódico estaba leyendo el señor Kent. Si lo que leía hubiese sido *The Lancet* o *The British Medical Journal*, ese dato me habría servido de ayuda. Sin embargo, nada tiene de ilegal guardar a un loco dentro de una casa particular, siempre que esté atendido por una persona calificada para ello, y siempre que las autoridades hayan sido debidamente notificadas. ¿De dónde, pues, nacía este anhelo desesperado de guardar secreto? Tampoco aquí la teoría se amoldaba por completo a los hechos.

»Quedaba la tercera posibilidad, en la que todo parecía encajar, por extraña e improbable que pareciese. La lepra no es cosa rara en África del Sur. Quizás este joven, por alguna casualidad extraordinaria, la hubiese contraído. En tal caso, su familia se vería en una situación espantosa, porque ellos querían librarle del aislamiento. Sería precisa una gran reserva para evitar que corriese el rumor de lo que ocurría, con la subsiguiente intervención de las autoridades. Un médico legal, a condición de pagarle bien, podría encargarse del paciente, no siendo difícil encontrar quien se prestase a ello. No existía razón alguna para que el enfermo no pudiera salir de su reclusión después de oscurecido. Una de las consecuencias corrientes de esta enfermedad es el blanqueo de la piel. El caso era importante, tan importante, que me decidí a actuar como si estuviese ya demostrado. Mis últimas dudas desaparecieron cuando al llegar aquí me fijé en que Ralph, que es quien lleva las comidas, usaba guantes impregnados en materias desinfectantes. Bastó una sola palabra para hacerle ver a usted, señor, que su secreto había sido

descubierto, y si yo la escribí en lugar de pronunciarla, fue para demostrarle que podía confiar en mi discreción.

Me hallaba yo finalizando este pequeño análisis del caso, cuando se abrió la puerta y pasó al despacho el gran dermatólogo de austera figura. Por esta vez sus facciones de esfinge se habían relajado y había en su mirada calor de humanidad. Se adelantó hasta el coronel Emsworth y le dio un apretón de manos, diciéndole:

—Con frecuencia me toca llevar malas noticias, y es muy raro que pueda darlas buenas. Por eso me felicito más en estas ocasiones. No es lepra.

—¿Cómo?

—Es un caso bien claro de pseudolepra o ictiosis, una afección de la piel que le da apariencia de escamas, fea y obstinada, pero posible de curar y, desde luego, no infecciosa. Sí, señor Holmes, la coincidencia es muy notable. Pero ¿es, en verdad, una simple coincidencia, o están en juego fuerzas sutiles de las que es muy poco lo que sabemos? ¿Estamos seguros de que la aprensión que este joven ha venido sufriendo terriblemente desde que se encontró expuesto al contagio no ha podido producir una acción física que estimula precisamente lo que se teme? En todo caso, yo respondo con mi reputación profesional. ¡Pero la señora se ha desmayado! Creo que lo mejor sería que el señor Kent no se aparte de ella hasta que se haya recobrado de esta impresión de alegría.

¿Deseas continuar las aventuras de nuestro famoso detective?

Encuentra **todos** los libros GRATUITOS de Holmes y Watson en [SherlockHolmes.page](http://SherlockHolmes.page)



**SherlockHolmes.page**